

rrible para una mujer que ama, y que busca en el fondo de la mirada extraviada un vago relámpago que no sea el irónico espejismo de un conocimiento anonadado, sin encontrar más que las sombras pavorosas de la demencia en la sonrisa, y la ceguera en aquellos ojos más espantosos que las órbitas vacías, puesto que no es la carne lo que falta, sino el pensamiento.

La señora de Scudemor no experimentó, es verdad, la horrible agonía de la investigación de un sentimiento perdido en los abismos de la locura, ni la infidelidad del corazón por el desfallecimiento de la razón en sus órganos enfermos. Más elevada en su desprecio que el burlón Demócrito, contemplaba sin estremecerse, los lugares en que habita y se extingue lo que el hombre tiene de divino mezclado en las moléculas de su arcilla. Era un espectáculo digno de ella.

Después de las rudas pruebas que había sufrido, se adormecía en un orgulloso bienestar....; pero aquellos instantes tranquilos eran muy cortos. Por una inconsecuencia increíble, su tristeza, su piedad, sus remordimientos volvían á apoderarse de ella poco á poco. ¿Y por qué tenía esos remordimientos, esa piedad y esa tristeza, cuando sabía bien que todo puede ó debe morir, tanto en el alma como en la vida?....

XI.

Acababan de dar las tres de la tarde, y amenazaba desarrollarse una tempestad: un calor sofocante se desprendía de las pesadas nubes, y las golondrinas rozaban la tierra con su ala medrosa. En vano, para hacer correr el aire en la habitación de Allán, se había abierto la ventana, desde donde se veía el pantano que está enfrente del castillo, y desde la cual se podía ver irse formando la tempestad que se anunciaba ya en una atmósfera muy cargada.

El sol, tan abrasador todo el día, había desaparecido bajo nubes de un azul sombrío, dejando ver solamente por entre algunas anfractuosidades tristes rayos amarillos que atravesaban siniestramente el espacio: era un bochorno, más sofocante aún que el calor solar. El mismo pantano, á pesar de sus aguas y sus hierbas, no ofrecía la menor frescura.

Á lo lejos humeaba un vapor abrasado y rojizo, como si fuese el reflejo de un incendio; inmóviles como si hubieran formado parte del

suelo, numerosas vacas blancas, con los ojos lánguidamente vueltos hacia el horizonte vacío, no tenían la fuerza suficiente para llegar al establo.

Allán, con la cabeza rodeada de una venda, las mejillas de color de escarlata, los ojos turbios y medio cerrados, estaba sumido en la somnolencia de la fiebre, que se recargaba siempre por la tarde. Aún no hacía veinticuatro horas que el médico respondía de la vida del enfermo, que, gracias á los cuidados de la Condesa, casi se había salvado. El silencio reinaba en todas partes, percibiéndose la calma lo mismo en la naturaleza que en la habitación. Ni el más mínimo ruido entraba del exterior, y en el cuarto no se escuchaba más que el frotamiento de las cortinas blancas del lecho, cada vez que se agitaban á impulsos de una ráfaga de aire abrasador que entraba por la ventana abierta.

La Condesa estaba en su puesto. La inquietud y las vigiliass la habían adelgazado, y la tristeza que se había apoderado de ella por el peligro de Allán, cubría de sombras su pálida frente. Hallábase sentada á la cabecera del enfermo, pero la cortina caída impedía verla. Tenía las manos cruzadas sobre su pecho bello é inflexible. Había creído durante largo tiempo que su destino se había fijado para siem-

pre; que por consunción escaparía á las emociones que de repente interrumpieran la tranquilidad de su pensamiento. Pero esta presunción, que no era sino el sosiego de una vida terminada, esta presunción seguía con la vista, á través de la muselina blanca del cortinaje interpuesto entre los dos, á Allán, que iba recorriendo la conciencia de los objetos exteriores.

Había para el joven, entre sus recuerdos y la facultad que sirve para interrogarlos, entre sus ideas y su espíritu, un velo parecido á la blanca cortina que ocultaba entre nubes á la Condesa. ¡Pobre ciego, que no veía la luz más que á través de la velada impresión de la venda que cubría sus miradas inciertas aún! Lo que sentía, lo hemos sentido todos: procuraba acostumbrarse á la vida que tan próximo había estado á perder, y que iba recobrando poco á poco. Buscaba su identidad, de la que apenas tenía conciencia.

No dirigía la palabra á aquella mujer, que era indudable no se había separado un momento de él; no se atrevía á ser el primero en romper el silencio, y ardía en deseos de que ella le hablase. Veinte veces la frase «Gracias por tantos cuidados,» había estado á punto de salir de sus labios, y otras tantas vino á confundirse en un suspiro, que expresaba tanto el resentimiento como la gratitud. Ella creía á

su enfermo bajo la soporosa influencia de la fiebre, más ardiente aún por el sofocante calor de la tempestad, y no notaba sus ojos abiertos que la espían tras la cortina y su impaciencia por romper el silencio.

Hizo un movimiento para incorporarse en la cama; pero estaba tan débil, que volvió á caer, y ella le oyó.

Entonces entreabrió la cortina, y en la expresión de su mirada conoció que había cesado el abatimiento.

—¿Cómo os sentís?—preguntó con esa voz apagada que apenas mueve el extremo de los labios.

El joven, que no tenía más que un pensamiento, contestó:

—¡Oh! No me lo preguntéis.... ¿No será preciso dejaros cuando esté mejor?

Y una lágrima egoísta y cobarde humedeció sus ojos enrojecidos.

La Condesa no respondió, pero bajó los ojos como debió bajarlos Curcio antes de arrojarse en el abismo, y después los levantó impregnados de una voluntad inquebrantable.

—Allán (dijo por fin); creo que ahora podéis escucharme sin que os haga daño, porque la emoción no le hace cuando no es dolorosa, y yo no he de haceros sufrir más. Os devuelvo vuestra palabra de partir.

Vióse obligada á repetir sus últimas palabras. Allán se creía el juguete de una ilusión producida por la calentura, ó por un sueño.

—No, no es una ilusión, Allán (repitió): soy yo en persona la que os habla ahora. ¿Veis? Esta mano que se posa sobre la vuestra es la mía; ¿no la reconocéis en su frialdad?... ¡Ay! no la calentaréis en las vuestras; pero permanecerá entre ellas hasta que la rechacéis....

Él la estrechaba con ardor contra sus labios, pero como si su contacto inflamado no hubiese sido perceptible para ella.

—La cabecera de este lecho (le dijo) ha sido para mí una enseñanza terrible, y algunos días, durante los cuales he temblado por una vida que yo había comprometido, han echado por tierra todas mis resoluciones. Cuando se tiene piedad una vez, no puede uno ya volverse atrás: es como morir cuando se ha vivido. En vano es interrogar á esa experiencia que se ha comprado en un precio mucho más elevado de su valor, aunque lo haya sido también con la sangre del corazón.... ¡Ay! Por muy alto que mi orgullo haya proclamado esta experiencia, no por eso he dejado de seguir siendo mujer. En un principio quise creer que había conseguido desligarme de todos los lazos con la muerte de las pasiones necias que los aceptan; pero ha bastado una semana para desen-

gañarme de todas mis ilusiones acerca de la piedad que despreciaba. Orgullo humillado, voluntad vencida; existe una mano invisible que todo lo doblaga en el interior de nuestra alma, y el sentimiento de que se creía uno más dueño, nos vence y dispone de nosotros como señor absoluto.

»No se curan las pasiones, Allán, del mismo modo que las enfermedades, y los moralistas que aconsejan sólo en lugar de escudriñar el por qué, son míopes ó impostores. Cuando la voluntad, más íntima que la misma pasión, no puede sofocarla; cuando se contenta con desempeñar el papel del perrillo en la jaula del león, puede desesperarse del todo de la criatura, porque ella es la única que puede librarse de semejante peligro.

»En vano, todo lo que hay de más noble y de más elevado en nosotros puede sentir la mayor simpatía por el ser que consagra su vida entera á una pasión, prodigándole consejos dignos de la sabiduría divina; la pasión y la razón no se han fabricado de la misma materia; la una procede del barro humano, y la otra es parte de la sustancia misma de Dios, y no hay mediador posible entre ambas; ni aun la piedad sirve para ello.

»Sin embargo, cuando la compasión existe, y tanto mayor es cuanto más vivo es el sufri-

miento del ser que se quisiera curar, ¿qué es lo que se puede hacer?... Hace algunos días que he tratado de estudiar esta cuestión, sentada al lado de vuestro lecho de agonía, y ahora ya sabéis cómo la he resuelto. Me he dicho que era indispensable llevar el desinterés al extremo, y que puesto que la mujer no escapaba á las condiciones de la naturaleza, y sin duda alguna el sufrimiento y la extinción de las pasiones me hubieran dado, si posible hubiese sido, esta triste superioridad, era preciso salir del egoísmo del pensamiento, de la esterilidad de los consejos, y llegar á abnegaciones mucho mayores de las que hasta ahora para nada me habían servido.

»Amigo mío, cuando os referí la vida de mi corazón, á vos, á quien la sociedad no ha desilusionado con sus doctrinas de salón y sus instintos de vanidad, para haceros perder más pronto vuestra pasión por mí, que no podía corresponder á vuestro amor, profanando los más bellos dones de la existencia, amor, pureza, dignidad, juventud, era sin duda un acto de abnegación; pero era una abnegación inútil, y hubiera debido advertirlo antes de ahora. Yo que conozco tan bien las pasiones, debí tener en cuenta, ó que no me creeríais bajo mi palabra, ó que una confesión como la mía me engrandecería á vuestros ojos. Mi ra-

zonamiento estaba fundado en la hipótesis de que partiríais; pero esta hipótesis era absurda, teniendo en cuenta mi piedad: en el mundo no hay más que debilidad ó fuerza, y mi sacrificio abortaba.

»Sé bien, Allán, por la experiencia de mi vida, que todos los amores concluyen, lo mismo los más bastardos que los más puros; y aunque nuestros corazones fueran de granito, la roca más dura se desmorona con el tiempo; pero son de carne, y tenemos que sufrir decepciones y disgustos, y la felicidad misma es más terrible que el tiempo, que al menos no nos gasta en un día, ni nos blanquea los cabellos en una noche. Es una triste ciencia esta; pero, creedme, y no sacudáis orgullosamente la cabeza al escuchar mis palabras; no soñéis con delicias eternas gozadas en los brazos de una mujer amada. Ignoráis la profunda tristeza que más tarde ha de invadiros, consecuencia ineludible, hermoso y soberbio incrédulo, impío dichoso. El amor que sentís por mí, es el más á propósito, por su naturaleza, para demostraros la poca duración de las pasiones.

»Pues bien, Allán: como este amor excepcional, este amor más insensato que los demás, y, con más razón que los otros, debe perecer muy pronto, me sacrificaré, para conseguir este objeto cuanto antes, hasta á las úl-

timas exigencias; os evitaré los dolores que pudieran amargar para siempre vuestra vida, porque matar una ilusión no es nada; herirla es mucho más terrible. Pero tened cuidado no os equivoquéis, Allán: todo lo que podáis esperar de mí, todo lo tendréis.»

Dichas estas palabras, se calló.

Su voz había permanecido firme....; pero una débil tinta rosada, que bien pronto desapareció, había coloreado su pálida mejilla. Signo amoroso de la naturaleza agotada, gota de sangre última que el combate hacía perder. La mejilla recobró su palidez ambarina, antes de que Allán hubiera podido responder. Aquella mujer, cuya grandeza no comprendía la juventud de Allán, había introducido el caos en su corazón y en su cabeza.... Su amor, que momentos antes se consumía en los deseos ardientes de la posesión, retrocedía como espantado ante aquella donación, tan triste y tan despreciada, que la señora Scudemor hacia de sí misma, ante aquella generosidad que se mostraba tan indiferente. Esto era más real, más cierto, más glacial que todo lo demás. De ordinario la confianza en Dios es lo que determina la resignación en los más crueles acontecimientos de la vida; mas esta resignación, cuando se trata de una pasión que no se comparte, procedía en la Condesa de su confianza

en la indiferencia del corazón. Aquel lenguaje descuidado hubiera detenido súbitamente á Allán de Cynthry en el más furioso de sus deseos. No se sentía con valor para recoger aquella felicidad soñada, que ella le arrojaba con su lenguaje extraordinario, como el pedazo de pan que se arroja al desvalido.

Allán permaneció algún tiempo sin responder. Mientras la escuchaba, soltó la mano que tenía entre las suyas, y que con tanto ardor había cubierto de besos en un principio. Cuando concluyó de hablar, aquella mano yacía abandonada encima del lecho.

Su amor, que momentos antes se enardecía con los deseos insaciables de la pasión, retrocedía con terror ante aquel don de sí misma que la Condesa hacía con un tono tan triste y tan despreciativo, ante aquella generosidad que se daba como una limosna sin valor. Esto era real, pero más glacial, más abrumador que todo lo que le había dicho. Indudablemente semejante lenguaje hubiera contenido á Allán en el más fogoso de sus arrebatos.

—¡ Ah! (murmuró, con acento de reproche): ¿por qué me habéis dicho todo eso? ¡Cuánto mejor hubiera sido decirme solamente que no partiría!

XII.

Si Allán no hubiese amado tanto, ó si hubiera tenido una voluntad más enérgica, hubiera procurado guardar inmaculado el orgullo de su amor herido por ella, ó le hubiera sepultado en adelante en lo más profundo de su corazón. Cuando uno no quiere curarse, sonríe noblemente encubriendo su herida. Desgraciadamente el joven pertenecía á una época en que la educación religiosa casi tan desarrollada como hoy no existía, y en que se sacrificaba todo á los adelantos intelectuales y sensibles. En tales épocas, un carácter debe formarse muy lentamente cuando el hombre no sucumbe á su dolor, y no debemos olvidar que el joven sólo tenía diez y siete años.

Tal fué la razón de que la impresión árida que le había producido el lenguaje de la Condesa, convirtiéndose voluntariamente en víctima de su piedad y haciéndole á él víctima de su amor, no produjera en el corazón ardiente y débil del joven ningún resultado. Era un ni-

ño todavía, como la mayor parte de los hombres lo son á su edad, y aun mucho tiempo después.

Su poética imaginación, bajo cuyo prisma veía todo en la vida, le hizo admirar en la conducta de la señora de Scudemor algo de sorprendente y extraño, que la espontaneidad de su espíritu no había previsto. Si ella no le amaba, como decía, ¿por qué se le ofrecía voluntariamente? Hacíasele incomprensible, como Dios; pero para el que ama, el no comprender al objeto de su amor es una razón para amarle más.

Preciso se hace tener presente, para no despreciar á Allán, insistir sobre el hecho de que atravesaba esa época de la vida en que se recuerda confusamente lo pasado, en que todo permanece indeciso, excepto la inquietud que el corazón nos causa. ¿Cuál es esta edad? No se sabría decirlo, pues no existe dato seguro. Los misteriosos anales del alma no se cuentan como aquellos en los que un aniversario señala una unidad más. Acaso este cambio tiene lugar entre los doce y los diez y ocho años. Entonces es cuando nuestra vida semeja al ojo medio cerrado bajo el sol de un día ardiente, cuando nuestro pecho se eleva como el Océano cuando la marea asciende. Entonces es cuando el beso que nuestras hermanas

nos estampan en la frente, deja de ser fresco como el rocío de los labios infantiles; entonces es cuando la boca de nuestras madres, al apoyarse en la nuestra, no tiene el mismo gusto que antes; entonces es cuando pensamos en esto largo tiempo, en el silencio de la noche, antes de entregarnos al sueño, sintiéndonos enrojecer en la oscuridad como si fuésemos culpables, porque aspiramos la vida en las alteraciones amenazadoras que la anuncian. De esta edad salía Allán, como se sale siempre para un amor que no es la dicha que proporciona el cariño inocente, para un amor que no es el amor del amor.

No tardó la convalecencia en colocar al joven bajo el imperio de sensaciones tanto más ardientes, cuanto que sus sentidos no habían gustado nunca a aquellos placeres, que con la costumbre tan pronto pierden el encanto y la embriaguez.

Á medida que la juventud iba triunfando del padecimiento más y más, olvidaba lo que había llegado á saber de aquella mujer, para no preocuparse sino de lo que ignoraba. No era solamente el trabajo de la convalecencia lo único que retrasaba su restablecimiento; no era tan sólo un resto de fiebre lo que mantenía sudorosas la palma de sus manos. Es que existía en él una vida concentrada y sin expansiones,

que se retrataba en sus ojos cargados de deseos voluptuosos. Y ¡cosa singular! Durante los breves instantes en que, contemplando á la señora Scudemor, se representaba la vida llena de pasión en otro tiempo de aquella mujer que no le amaba, los cuadros que su imaginación le hacía ver daban á sus deseos mayor furia. Nada es tan delirante como estos celos que entre sus venenos cuentan las cantáridas.

Una tarde se hallaban solos en el salón en que la señora de Scudemor había dado á Allán, en medio de toda la concurrencia, la cita cuyas consecuencias fueron tan inesperadas para él como para ella. ¡Qué cambio habían ocasionado las tres semanas que acababan de transcurrir hasta en aquel vasto salón, tan lleno de animación y ruido entonces, ahora tan silencioso, y que parecía mucho más espacioso porque los dos se habían replegado á uno de los ángulos. Ella, siempre majestuosa, estaba sentada en un diván, vestida de negro, sin encajes ni adornos de ninguna clase; su traje, sumamente descotado, mostraba sus espaldas anchas y de esbelta forma, que, á través del satén negro, se hacían todavía más incitantes. En la sombra proyectada por las persianas entreabiertas, su bella cabeza, cuyos cabellos negros, retorcidos á la Niobe, eran el único adorno, se destacaba con fuerza en la

blanca cortina que se hallaba detrás de ella.

Allán estaba sentado en el diván á su lado, con una venda negra en la frente, corona sombría que ceñía sus cabellos castaños, y que daba á su fisonomía un encanto irresistible. Para cualquiera otra mujer, aquel adolescente, con su figura interesante, hubiera tenido una seducción infinita.

Era la hora tan pérfida y tan bella, que parece ha sido creada por Dios para la felicidad ó la desgracia supremas. El sol quebraba sus últimos rayos en las cortinas de terciopelo encarnado de las ventanas, y el horizonte aparecía, á través de las barretas de las persianas, inundado de ese vapor rosado que parece reflejar en el cielo todos los pudores velados y las secretas voluptuosidades de la tierra. Algunas flores languidecían en grandes vasos en el fondo del salón. El piano estaba abierto, y aun cuando hablaban á media voz, una palabra suelta resonaba de vez en cuando en aquella habitación, casi vacía, revelando su íntima conversación.

¿Qué se decían? Por la primera vez de su vida, Allán, inspirado por los misterios de la hora y de la sombra, por las emanaciones de las flores y por las impacencias de su amor, largo tiempo contenidas, se entregaba á los arrebatos de su pensamiento juvenil y ardiente.

—Pero ¿es posible (decía, en un lenguaje un tanto poético) que algo de lo que me conmueve y me agita no se deslice en vos para inspiraros un sentimiento que no sea esa fatal piedad? ¡Ah! No creáis que os pido más que una mirada y un suspiro. ¡Y es eso pedir mucho, Dios mío! ¿No queda ya en vuestra alma un poco de amor que dar? ¡Oh! Aunque fuera un recuerdo, cualquier cosa que no fuera esa compasión. ¡Al menos, yo viviría toda mi vida en ese momento! Amarme poco, casi nada, pero amarme algo, ó, al menos, hacérmelo creer á mí, pobre loco, el fugaz instante que va á tardar el sol en abandonar esa cortina cuyo reflejo se escapa ya de vuestra frente, para vos, á quien todo es posible, decidme, ¿os parece demasiada exigencia?

—Niño (respondió ella); pedid á un volcán apagado que produzca un ramillete de rosas de Bengala, y tal vez lo consigáis mejor. Nada florece, ni por un segundo, en mi corazón devastado.

—Pues bien, mentid (replicó el alma en pena); mentid, por piedad, puesto que la piedad ha sobrevivido á la muerte de vuestro corazón. Decidme una vez que esa ceniza es una rosa, que una sola presión de vuestra helada mano es de amor, y os creeré. Que una eternidad venga á desengañarme después,

nada importa: os habré creído un instante.

—El amor es más difícil de falsificar que la juventud, y la juventud pasada no vuelve nunca. Por otra parte, cuando se tiene un sentimiento profundo, el lenguaje del amor verdadero, apenas si puede acallar las desconanzas de la pasión. Si la verdad no satisface al alma enamorada, ¿creéis que os podríais saciar con las ilusiones groseras de una mentira que nos envilecería á los dos?....

—¡Es verdad!—dijo el joven doblando la cabeza con tristeza. Y empezó á subir nuevamente ese Gólgota de lo imposible, que todo hombre se ve obligado á recorrer antes de llegar á morir en la cúspide.

La sombra iba confundiendo los objetos en el salón, que estaba ya oscuro.

—¿Veis? (volvió á decir.) Ya no hay luz en la cortina.

Y con su dedo la señalaba, añadiendo después con melancolía:

—¡Si hubieseis querido, todo estaría ya terminado!....

—Aunque yo quisiera, ni aunque vos lo deseáis, Allán (dijo la señora de Scudemor), no volverá la luz ahí, ni aquí el calor, que de ambas partes han huído.

Y puso la mano sobre su corazón.

Sin embargo, la brisa esparcía el olor de

las flores nocturnas, y el cielo rosado cambiaba de color á través de los claros que dejaban libres las persianas.

—Pues bien (exclamó Allán); ¡benditas sean las tinieblas!

Y presa de su ardiente pasión, la rodeó con sus brazos. Arrojóse sobre ella, como Aquiles sobre la espada, y el niño se convirtió en hombre.

Un imperceptible movimiento para separarse se escapó á la Condesa; pero aquella mujer heroica se acercó más á él, como si hubiese querido castigarse....

Allán dió un salto, arrojándose á la otra punta del diván, como si á sus piés hubiese surgido un incendio.

—¡Oh, perdón, perdón! (gritó, torciéndose las manos con agonía.) ¡Perdón; pero yo no puedo resistir más! Yo sufro horribilmente; menos cruel hubiera sido dejarme morir. ¡Oh! ¡por favor, decidme, mandadme que me vaya; tal vez os obedezca! Aún es tiempo. ¡La atmósfera de esta habitación me ahoga; esas flores me embriagan! ¡Por favor otra vez; mandadme que me vaya!

—¡Eso sería una cobardía!—respondió la Condesa.

Y no añadió una sola palabra.

—¡Pero vos no sois una criatura humana!

(exclamó.) ¡Vos estáis hecha, sin duda, de distinta masa que yo!

Y como si tratara de buscar la resolución de aquel problema, para cuyo conocimiento no era la razón bastante, volvía á estrechar entre sus manos temblorosas la cintura que había abandonado. El raso crugía bajo sus dedos, y le producía como una conmoción eléctrica. Percibía el contacto voluptuoso de las formas de aquella mujer, en el momento mismo que se sentía espoleado por mil aceradas agujas. Sucesivamente su rostro tomaba tintes de palidez y de encendimiento, dándole esa belleza del niño, belleza sublime que no se ve más que una vez en la vida, y que no vuelve jamás.

La señora Scudemor le contemplaba con esa mirada profunda que penetra al fondo del alma como un tornillo sin fin. Pero el joven la amaba tanto, que parecía sentir un placer orgulloso en desafiar aquellas miradas escrutadoras. En lo más profundo del alma de Allán podía ver retratada su imagen. Una vaga sonrisa asomaba á sus labios, mientras que la respiración anhelante del joven movía apenas en el labio superior esa sombra vellosa y rubia que en la mujer no tiene nombre, y que hace redoblar el furor de los besos. Sobre aquel bozo suave fué á caer el primero de la boca virginal del joven. Ese primer beso que se da á la boca de una

mujer, y en el que parece se pone toda la vida....

Los otros mil que siguieron cayeron sobre su seno como una lluvia menuda. Allán no interrumpía aquel diluvio de caricias, mas que para contemplarla como un sueño. ¿Por qué la caricia empieza y se termina por una mirada? «¡Ah! ¡Yo te amo, yo te amo! (repetía con una voz cuyo timbre apenas se distinguía); no me ames, pero deja que te ame yo.» Y abrazado á ella con todas sus fuerzas, la derribó sobre el diván. Ella cayó, resignada, más noblemente que la mujer romana que enlutaba su túnica para morir más castamente. En medio de aquel amor en el que otra mujer se hubiera ahogado y perdido, la señora Scudemor semejava al buzo sin campana que se abandona en medio del Océano. Primeros é incomparables transportes de la posesión. La sensación es indivisible, y el hombre se consume en una formidable unidad. Sin esto, si el licor medio apurado careciese de aroma y de calor, ¿quién apuraría la copa por completo?

Y como si hubiese tratado de ver si resolvía una duda, para lo que su inteligencia no bastaba, extendió sus manos trémulas hasta volver á ceñir la cintura de la Condesa. Después, animándose por grados, y al ver que no se le oponía resistencia alguna, cubrió de besos sus manos, llegando su excitación al paroxismo.

.....

—Ahora eres mía (dijo, después de un largo silencio, como si volviera en sí de un desvanecimiento); ahora ya eres mía.

Y la levantó en sus brazos. La cabeza de la señora de Scudemor se había hundido en la seda de los cojines del diván, y enganchándose el peine que sujetaba sus cabellos, éstos se esparcieron sobre sus hombros. La casualidad tiene á veces azares tan particulares como engañosos. Sus apariencias de desorden y de pasión contrastaban notablemente con su fisonomía serena y fría.

Sus manos arreglaban la venda de seda negra que ceñía la frente del joven.

—Hace un momento (le dijo), tenía miedo de que volviera á abrirse vuestra herida.

Aquellas palabras reunían toda entera el alma de aquella mujer, muerta para las pasiones, pero en la cual vivía aún la más frágil de todas las simpatías de la mujer.

La noche había cerrado: el viento que entraba por la ventana era muy fresco, y el silencio más profundo reinaba á su alrededor. Sin que ellos pensasen en ello, habían bajado la voz á medida que aumentaba la oscuridad; efecto irresistible de la solemnidad de la noche, que nos obliga á hablar bajo, como lo pudiéramos hacer en un templo.

Oyóse un paso ligero que se dirigía hacia

la ventana, que estaba al nivel del suelo del jardín. Era Camila que venía de jugar.

—¿Dónde estás, mamá?—dijo antes de entrar, con su voz de una dulzura sin igual.

La señora de Scudemor se había levantado del diván, y estaba próxima á la ventana, cuya persiana había descornado.

—¿No habéis ido Allán ni tú á pasear esta tarde?—preguntó la niña, cuyo calzado blanco por el polvo se destacaba en la sombra de la habitación.

Y diciendo esto se sentó al piano, que estaba abierto todavía desde los ejercicios de la mañana.

—Y luego ponderas tanto (siguió diciendo con su charla infantil) lo que te gusta la Normandía por lo magníficas que son aquí las puestas del sol. Sin embargo, mamá, no has visto qué hermoso espectáculo ofrecía hoy.

La Condesa dió un pretexto insignificante á su hija por no haber salido, y Allán permanecié silencioso en el diván, como si tratara de recoger en su interior la impresión de los momentos que acababan de pasar.

—¿Estáis peor esta noche, Allán?—preguntó Camila con una timidez poco natural en ella; pues desde que el joven había cambiado de maneras, la atrevida niña parecía tenerle miedo, y cuando le hacía una pregunta, esperaba

siempre la contestación temblando como la hoja en el árbol.

—¿Y por qué queréis que esté peor esta noche? (contestó con aspereza.) ¿Creéis eso porque no juego con vos?

Su acento era tanto más duro, cuanto que estaba contrariado, porque la niña había llegado á tiempo de interrumpir su felicidad, interponiéndose como un obstáculo entre y él la mujer que hubiera querido retener más tiempo todavía entre sus brazos.

El silencio volvió á reinar de nuevo, hasta que se oyó resonar una especie de gemido: era que Camila había apoyado sus dos codos en las teclas del piano para colocar la cabeza entre sus manos.